

Para campar el temporal de las crisis económicas, no hay como una fiesta, aunque sea la de la ONU... o la de Todos los Santos

OPINIÓN

RAFAEL RESÉNDIZ G.

► Tlaxcala, una isla

En el imaginario político, Tlaxcala es una entidad en donde no pasa nada, pero pasa todo sin darnos cuenta; por ejemplo, según el Índice Nacional de Corrupción y Buen Gobierno de Transparencia Mexicana (INCBG), es considerado como uno de los estados más corruptos de la República, sólo después del Distrito Federal y el Estado de México.

Por lo que respecta a la disponibilidad y calidad de la información fiscal, el Índice de Transparencia de la Disponibilidad de la Información Fiscal (ITIF), elaborado por a-regional, Tlaxcala se ubica en el sitio 29 con una calificación de 36.04, mostrando un serio rezago en la información sobre el marco jurídico, en la asignación de contratos a particulares para obra pública, en el contenido y estructura de los presupuestos de egresos, en las cuentas públicas, así como información insuficiente sobre los recursos federalizados.

El Instituto Mexicano para la Competitividad (IMCO) presentó el índice estatal en la materia 2008. En este tema, Tlaxcala se ubica en el sitio 31, perdiendo seis lugares respecto de 2006. Se colocó en el lugar 32 en el apartado de economía estable, 55 por ciento debajo de la media nacional; en el 31 respecto de la confiabilidad de su sistema jurídico, 45 por ciento por debajo de la media nacional.

El mismo estudio arroja que es el segundo estado con mayor duración en procedimientos mercantiles, así como la segunda entidad con menor porcentaje del gasto público destinado a inversión.

El Índice Coparmex de Uso de Recursos (ICUR) nos muestra que en el esfuerzo por la captación de recursos propios, la entidad se sitúa en el lugar 28; respecto a la racionalidad y el profesionalismo en el uso de los recursos y la congruencia de la aplicación de éstos al logro de objetivos y metas, ocupa el sitio 32.

Ante la realidad de los números languidecen los discursos de prosperidad, seguridad y transparencia. Para la clase política no son más que inventos y por ello nadie hace nada para cambiar, de seguir así terminaremos siendo una isla de la fantasía en la que no pasa nada.

■ “Soy feliz y lucho todos los días por sobrevivir”, asegura esta madre soltera A sus 74 años de edad, doña Carolina trabaja de *cerillo* para sostener a su hijo

■ En cada jornada laboral de cuatro horas gana entre 60 y 70 pesos, revela

■ JUAN LUIS CRUZ PÉREZ

No soy abuela de aguja ni de hamaca; sería infeliz si no trabajara; además, tengo un *niño* discapacitado por quien luchar; él es mi alegría y mi vida, sostiene Lucía Carolina Hernández Pérez, mujer que a sus 74 años de edad, pasa las tardes-noches envolviendo las compras de los clientes en una tienda de autoservicio de Tlaxcala.

Madre soltera de dos hijos, uno de ellos discapacitado, pues a los 2 años y medio de edad sufrió meningitis que le dejó secuelas que lo hacen una persona con capacidades diferentes, asegura que dios vive con ella y a pesar de los sinsabores de su realidad, “soy feliz y lucho todos los días por sobrevivir”.

Doña *Caro*, como le dicen los niños y adultos con los que compite por las propinas que les dan como *cerillitos* o empaquetadores en dicha tienda comercial, cambia todos los días sus aperos de ama de casa y de madre, para salir por el sustento diario. Impecablemente vestida y aseada, con su pantalón

azul, camisa blanca, delantal de la empresa, zapatos negros de piso bien lustrados y una gorra, hace frente a su realidad

Su lento caminar y vista cansada no son óbice para que todas las tardes, a partir de las 18:30 horas, forme parte del paisaje de esa tienda comercial. Recorre una, bueno, varias o casi todas las cajas de cobro para *embolsar* lo que la gente compra y con una sonrisa que se dibuja en su blanco rostro, espera algunas monedas que le ayuden a ser menos pesado su largo peregrinar.

No tiene salario fijo, pero tampoco lo exige. Es feliz con lo que alcanza a juntar de *propinas*, aunque éstas, la mayor de las veces, no sean suficientes para cubrir las necesidades de ella y de su *niñote* de 26 años de edad.

“Por lo general gano entre 60 y 70 pesos, pero los fines de semana, cuando me va bien, llego a juntar hasta 110 pesitos”.

Trabaja prácticamente toda la semana, sólo descansa los miércoles, pero “es por políticas de la empresa, porque si por

mí fuera, imagínese, qué bueno sería trabajar corrido, aunque a veces me dan permiso venir los días de descanso, sobre todo cuando les digo que ya siento el agua al cuello por la falta de dinero. Son muy buenas personas conmigo.

“A veces la gente no entiende mi labor. Hay personas que hasta me regañan, me dicen que si no tengo hijos que me den dinero o de plano me dicen qué clase de madre fui porque no tengo hijos que me mantengan, les doy lástima y hasta me dan más dinero, pero en general me tratan con cariño”, relata.

“Trato de ser servicial, además me gusta jugar con los niños cuando están en la caja y lloran. Los distraigo para que sus padres estén a gusto y regresen a comprar otra vez. Pero la verdad, hay gente que les disgusta que los atienda, porque rechazan a los ancianos, pero esas son cosas de ellos, siempre trato de darles una sonrisa”, explica doña *Caro*.

En los seis años que tiene como *paquetera*, los cuales cumplió el pasado 10 de octubre, le

ha ocurrido de todo. Cosas buenas y malas, pero “es una labor muy noble, porque trabajo cuatro horas y no descuido mucho a mi niño, lo dejo en manos de mi hija y cuando llego me espera con una sonrisa”.

Ha dedicado 63 años de su vida a trabajar. Inició como cajera y llegó a desempeñarse como auditora en lo que fue el Banco Internacional, después laboró en las empresas Kimberly, Nestlé y Singer, “pero desde que mi hijo enfermó me dediqué de lleno a él. Puse unos *negocitos*, pero me los quebraron y vendí todo mis bienes, porque tenía hasta unos departamentos, pero al no tener ya dinero para cuidar a mi hijo, vendí todo y me quedé así, por eso entré a trabajar como *paquetera*”.

A pesar de esa situación, doña *Caro* asegura que vive feliz con “mis recuerdos y sin rencores. Yo tomo todo lo bueno de la vida y lo malo lo dejo. Procuero dejar todas mis tristezas, soy una mujer que vive con dios y lo digo a voz abierta, vivir con una persona deficiente (discapacitada) es vivir con dios, porque me da muchas satisfacciones en el día y puedo asegurar que tengo mucho amor gracias a él.

“No tendré dinero, pero de amor estoy colmada, porque cuando llego cansada de trabajar, mi hijo me colma de amor, me llena de besos y caricias. Qué más puedo pedir, no hay sanción que opaque el amor, por eso le aseguro que sería infeliz estando en mi casa sin trabajar, porque no soy abuela de aguja y hamaca, soy mujer de lucha y trabajo”, afirma orgullosa.

Doña *Caro* añora vivir muchos años para “disfrutar a mi hijo”. Aunque a veces “me las veo duras con los gastos. Vivo a gusto, tranquila y con mucho amor. Por eso creo que la gente debemos vivir como queramos, a plenitud y sin rencores, porque cuando la vida nos dé reveses, ya tiene uno de qué vivir, de sus recuerdos y del amor que sembró”.



Carolina Hernández recomienda a la gente que viva a plenitud y sin rencores a pesar de los reveses que les dé la vida ■ Foto Tania Humarán